

T R E S M U E R T E S

L E Ó N T O L S T O I

Era en otoño. Por la gran carretera rodaban a trote largo dos carruajes. En el primero viajaban dos mujeres. Una era el ama: pálida, enferma. La otra, su criada: gorda y de sanos colores. Con la mano rolliza enfundada en un guante agujereado trataba de arreglar los cabellos cortos y lacios que salían debajo de su sombrero desteñado; su pecho erguido, envuelto en una manteleta, respiraba salud; sus vivaces ojos negros contemplaban unas veces, a través de los vidrios, los campos en fuga, y otras miraban a la dama tímidamente o se volvían con inquietud hacia el fondo del coche. El sombrero de la dama se balanceaba, colgado de un costado del coche, frente a la sirvienta, que llevaba un perrito faldero en su regazo. Los pies de ésta descansaban sobre varios estuches esparcidos en el fondo del vehículo, y chocaban a cada sacudida, a compás con

el ruido de los muelles y la trepidación de los vidrios.

La clama se mecía débilmente reclinada entre los cojines, con los ojos cerrados y las manos puestas en las rodillas. Fruncía las cejas y de cuando en cuando tosía. Estaba tocada con una cofia de viaje, y en el cuello blanco y delicado llevaba enredado un pañolón azul. Una raya perfectamente recta dividía debajo de la corta sus cabellos rubios extremadamente lisos y ungidos de pomada: había no sé qué sequedad extraña en la blancura de esa raya.

La tez ajada y amarillenta había aprisionado en su flojedad las delicadas facciones: sólo las mejillas y los pómulos mostraban suaves toques de carmín. Tenía los labios reseco e inquietos; las pestañas ralas y tiesas. Y sobre el pecho hundido caía en pliegues rectos la bata de viaje. Su rostro revelaba, a pesar de tener los ojos cerrados, cansancio, exasperación y prolongado sufrimiento.

El lacayo, apoyándose en el respaldo, cabeceaba en el pescante. A su lado, el cochero gritaba y fustigaba a los caballos, y volvía de cuando en cuando la cara hacia el otro coche.

Paralelamente se extendían anchos y veloces, sobre el lodo calizo, los surcos de las ruedas. El ciclo estaba gris y frío. La neblina, húmeda y penetrante, arropaba campos y camino.

En el carruaje de la dama se respiraba un ambiente asfixiante, cargado de olor a agua de colonia y polvo de camino. La enferma, sobresaltada, echó de pronto la cabeza hacía atrás, y abrió pausadamente sus dos grandes ojos negros, singularmente iluminados por la fiebre.

-¿Todavía no? -exclamó nerviosamente, y apartó con su mano delgada y preciosa el borde la manta de la sirvienta, que, por descuido, al caer había rozado su pie. Matriocha recogió enseguida con ambas manos la manta; se levantó un poco sobre sus recios pies y fue a sentarse más lejos, sonrojada.

Los bellísimos ojos negros de la enferma seguían con ansia los movimientos de la criada. De pronto, se agarró del asiento con ambas manos e intentó incorporarse; pero sus fuerzas la traicionaban. Su boca se contrajo y se le desfiguró la cara con la expresión de una impotente ironía.

-Sí tú me ayudas... pero no, gracias, no he menester de tu ayuda, yo sola puedo hacerlo! únicamente te suplico que no pongas detrás de mí

ninguno de esos bultos... más vale que no los muevas si no sabes hacer nada.

Cerró los ojos por unos instantes, luego volvió a mover pesadamente los párpados y miró, furibunda, a la criada. Matriocha, muy confundida, se mordió los encendidos labios. La enferma exhaló un suspiro, un suspiro que terminó en un acceso de tos; se revolvió toda y luego permaneció largo rato oprimiéndose el pecho con las manos. Pasado el acceso, cerró nuevamente los ojos y continuó sentada, inmóvil.

Los dos carruajes, uno tras otro, entraron en una aldea. Matriocha sacó su mano rechoncha por debajo de la manteleta y se santiguó.

-¿Qué pasa? -inquirió la señora.

-¡Una posta, niña!

-Pero, ¿por qué te persignas?

-¡Una iglesia, niña!

La paciente se asomó por la portezuela, y comenzó a persignarse en silencio al ver la iglesia que en esos momentos rodeaba el coche.

Ambos carruajes se detuvieron de repente en la posta. Del primero descendió el marido de la dama enferma en compañía del médico, juntos se acercaron al coche en que venía la señora.

-Y, ¿cómo se siente usted? -preguntó el médico tomándole el pulso.

-¿Cómo estás, amiga mía; no te has cansado mucho? -inquirió el marido en francés, agregando: -
¿Quieres apearte?

Entretanto Matriocha, que temía interrumpir la conversación de los amos con su torpeza, se arrinconó tras de recoger todas las cajas y estuches de mano.

-Lo mismo de siempre... No me apearé -contestó desganadamente la dama.

El marido permaneció largo rato junto a la puer tezuela, y se apartó luego rumbo a la venta. Matriocha saltó entonces del coche, y corrió en las puntas de los pies, sobre el lodo, hacia el zaguán.

-Pero mis males no son una razón para que ustedes se queden sin comer -dijo al doctor, que permanecía: aún cerca de ella, dejando asomar a sus labios una débil sonrisa. "Nadie se interesa por mí", pensó mientras el doctor se alejaba, y subía por la escalera que conducía a la fonda. "En sintiéndose bien ellos, todo lo demás les importa muy poco..."

-Bien, Eduardo Ivanovich -dijo el marido fro tándose las manos, contento de encontrar al

doctor-: He mandado que nos traigan algo que comer. ¿Qué le parece a usted?

-Sea -respondió el médico.

-Bueno, y ¿cómo sigue la enferma? -preguntó el marido suspirando.

-Ya lo había dicho -replicó el médico- que no llegaría ni siquiera a Moscú, mucho menos a Italia, sobre todo con este tiempo.

-¡Qué haremos, Dios mío! -exclamó el marido llevándose la mano a la frente-. Ponlas por aquí -indicó en esto al camarero que entraba con las viandas.

-Más hubiera valido quedarnos -repuso el médico, encogiéndose los hombros.

-Pero, ¿qué podía yo hacer? -contestó el marido-. Hice cuanto era posible por impedir el viaje; alegué que tenía pocos recursos, que no podíamos abandonar a los niños, ni mis negocios. Mi mujer no quiso oírme. Al contrario, seguía forjándose planes de nuestra vida en el extranjero, como su estuviera buena y sana. Decirle, por otra parte, el estado en que se hallaba, sería matarla.

-Y a fe que está perdida. Vassily Dmitriovich: es menester que usted lo sepa. No hay ser que pueda vivir sin pulmones; y tampoco son éstos cosa que

retoño. Es triste, dolorisísimo, pero, ¿qué remedio? Nuestro deber común consiste ahora en hacerle lo más soportable posible los días que le quedan de vida. Sería bueno buscar un confesor en este pueblo...

-¡Ah, Dios mío! ¡Considere mi angustia al tener que recordar a mi esposa que debe expresar su postrera voluntad! No, ocurra lo que ocurra, no se lo diré, Ud. sabe, doctor, lo buena que es ella.

-Sin embargo, debe usted tratar de persuadirla para que se quede hasta el invierno -insistió el doctor sacudiendo significativamente la cabeza-. Pues de otro modo, puede suceder algo muy grave en el camino...

-¡Axiucha, Axiucha, óyeme! -gritó con voz chillona la hija del encargado de la posta, quien al mismo tiempo hacía de alguacil. Y echándose el pañolón a la cabeza, insistió ruidosa:

-Axiucha, vamos a ver a la señora de Shirkinsk. Dicen que la llevan al extranjero y que está muy enferma del pecho. ¡Yo nunca he visto cómo se ponen los tísicos!

Axiucha salió a la puerta y, asidas ambas de las manos, corrieron hacia el zaguán. Aflojaron el paso al pasar cerca del coche, y atisbaron por la

ventanilla, que estaba abierta. La enferma levantó la cara para mirarlas, y habiendo notado la curiosidad de las dos muchachas, hizo una mueca y se volvió al otro lado.

-¡Madre mía! -exclamó la hija del posadero, tras de volver precipitadamente la cara-. ¡Qué hermosa debe de haber sido, y en qué lamentable estado se halla ahora! ¡Infunde pavor! ¿Has visto, Axiucha?

-¡De veras, qué flaca está la pobre! -afirmó Axiucha-. ¿Vamos a verla otra vez? Fingiremos que vamos a la noria... ¡Qué lástima, Macha!

-¡Dios mío; pero cuánto lodo hay aquí! -exclamó Macha. Y las dos regresaron a toda prisa hacia el zaguán.

-Se ve que he de estar hecha un horror -reflexionó la enferma-. ¡Dios mío, haz que lleguemos al extranjero, que allí podrá quizá curarme rápidamente!

-Y, ¿qué hay, como te sientes, amiga mía? -preguntó de pronto el marido, y acercóse al estribo masticando todavía.

"Siempre la misma pregunta; pero eso sí, ¡no deja de comer!", pensó la enferma, y murmuró entre dientes:

-¡Bien!

-Sabes, esposa mía, que temo mucho que empeore tu salud si continuamos el viaje con este tiempo tan malo. Y Eduardo Ivanovich opinó lo mismo. ¿No crees que sena mejor regresar?

Ella guardó silencio, descontenta.

-Durante el invierno, el tiempo y los caminos estarán quizá mejor. Tú te habrás restablecido, y podremos entonces venir con los niños.

Ella, exasperada:

-Perdóname; pero si yo no te hubiera escuchado podía estar a estas fechas en Berlín y completamente restablecida.

-Y, ¿cómo remediarlo, ángel mío? Tú sabes que era imposible marcharnos entonces. En cambio ahora, si nos quedamos un mes más, tu podrás restablecerte; yo habré arreglado todos mis negocios y podremos traer a los niños con nosotros.

-¡Los niños están sanos, y yo no...!

-Es verdad, amiga mía, pero debes comprender que con el mal tiempo que hace ahora, como empeore tu salud en el camino... Si estuvieran al menos en casa...

-Cómo..., ¿en casa?... ¿morir en casa? -repuso la enferma muy asustada. La palabra "morir" le causaba un visible espanto, pues se quedó extática

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

